

si por ventura tú, no solo no los frecuentas, ántes murmuras y mofas de los que se confiesan frecuentemente? ¿Qué egemplo tomarán de tí para ajustarse al cumplimiento de los mandamientos de Dios? ¿Qué dechado han tomado de tí para dejar al mundo, y despreciar lo terreno, si están viendo que tú, no solo no lo desprecias, sino que ántes procuras con malos medios, ofendiendo al Señor y quebrantando su ley, juntar, atesorar y adquirir la hacienda, el dinero, los puestos y regalos. Acuérdate que dice la sabiduría, que el testigo falso no quedará sin castigo. Mira por aquí, cristiano, tu obligacion.

### MISTERIO SEGUNDO.

#### *De la admirable Ascension del Señor á los Cielos.*

476. CONSIDERA el misterio inefable de la Ascension del Señor; y aunque en todas las consideraciones de la vida de su divina Magestad debes estar con grande atencion, diligencia y cuidado; mas en esta, donde el alma considera que su Esposo se le ausenta, y va tan léjos, que hasta la muerte no le ha de ver, debe mostrarse mas afectuosa, mas devota y fervorosa. Y para que mejor puedas atender y considerar el misterio, te pondré aquí, dividido por consideraciones lo que dicen los santos, y consideran por mayor, para que tú, ayudado con estas noticias, vayas haciendo tus discursos y propias consideraciones. Considera, pues, lo primero con San Buenaventura,\* y San Vicente Ferrer,† como en aquel último convite que hizo el Señor con sus discípulos, por último les declaró cómo ya era llegado el tiempo en que volviese al que lo habia enviado, y dejase el mundo; que aquella era la última vez que comía con ellos en este mundo comida visible y corporal; y que ya pasado aquel dia, no le verian mas con la vista corporal; que se esforzasen, y avivasen la fe, para verle con los ojos del alma, á cuya vista no faltaria, porque estaba siempre con ellos, aunque se iba. Habiendo oido los apóstoles estas pa-

\* Cap. 99. Med. Vit. Christ.

† Serm. uni. in Asc.

labras, fué grande la turbacion y susto de sus corazones, y prorumpieron todos en un llanto muy triste; y derramando muchas lágrimas, le digeron: bien sabeis, Señor, que por vos dejamos cuanto teniamos, y dimos de mano á parientes, amigos, y á todo cuanto podiamos esperar en esta vida, y todo esto lo hicimos con mucho gusto, porque teniéndoos á vos, nos teniamos por dichosos, y bienaventurados; pero ahora, que os vais, y nos dejais huérfanos y destituidos de vuestra presencia, ¿qué ha de ser de nosotros? ¿Adónde habemos de ir, ni á quién nos habemos de juntar; y mas cuando todos nos aborrecen, y desean el vernos fuera del mundo? Llevadnos, Señor, con vos, y no nos degeis en medio de nuestros enemigos. A esto respondió el Señor, consolándolos, y les dijo: no se turben vuestros corazones, hijos míos, ni tengais miedo, que no os dejo huérfanos ni desamparados como decís. ¿Creeis en Dios? creed en mí, que soy verdadero Dios; y si me creeis Dios, tambien debéis creer que no os puedo faltar. Voy, y vengo á vosotros; porque como os digo ántes, ha de venir mi Espíritu sobre vosotros; y viniendo mi Espíritu, vengo yo, y viene mi Padre, y estaremos con vosotros, y harémos mansion en vosotros; y en aquel dia conoceréis como yo estoy en mi Padre, y mi Padre en mí. Si vosotros me amárais, os habíais de alegrar, porque voy á mi Padre; y así, alegraos por esto, y juntamente por vuestro bien; y atended á que os digo verdad, y que siendo Dios, no os puedo engañar. Os conviene que yo me vaya: lo uno porque voy á disponer, y prepararos las sillas, y el lugar en donde habeis de descansar eternamente en mi compañía; y lo otro, porque si yo no me voy, no vendrá á vosotros el Espíritu Consolador; mas así que yo me vaya, os le enviaré, para que os enseñe, y dé á entender la verdad, y entónces se alegrarán vuestros corazones. Estas y otras palabras de grande consuelo y ternura les diria á sus discípulos el Señor para consolarlos, segun meditan los gloriosos San Buenaventura y San Vicente. Ve tú ponderando cada palabra de por sí, y conocerás el espíritu de amor, de ternura y compasion que reyna en tu Dios y Señor para con los que le aman y le sirven, y enamórate de tanta bondad y misericordia.

477. Considera que, como dice San Lucas, acabado el convite, que fué en Jerusalem, los sacó de la ciudad, y los llevó al monte Olivete; y aunque Cayetano dice, que el Se-

ñor les mandó que se fuesen ellos, no obstante uno y otro se comparece, segun la contemplacion de San Bernardo y San Vicente Ferrer; y así, considera tú; que el Señor les dijo, acabado el convite, que se fuesen al monte Olivete, porque allí habia de ser la despedida; mas ellos, con el sentimiento que tenian, puedes considerar que le dirian estas palabras: Señor, ya veis que es cerca de medio dia, y saliendo todos juntos por medio de la ciudad, nos han de ver nuestros enemigos, y quizas nos estorbarán el paso, y con eso no os podremos ver: por lo cual os rogamos que nos acompañeis, que con vos no tememos nada. Piensa que el Señor les concedió lo que pedian; y como dice San Vicente Ferrer,\* los ordenó su divina Magestad en forma de procesion, porque eran los que estaban juntos mas de ciento; y así salieron del cenáculo, yendo el Señor delante, y ellos en dos coros siguiéndole, y así pasaron por medio de Jerusalem, á vista de todos sus enemigos; que, como dice San Bernardino de Sena,† se quedaron pasmados así que viéron la santa compañía que pasaba por delante de ellos tan sin temor, y empezaron á bramar de corage y enojo contra ellos; pero el Señor les puso tan grande miedo y pavor, que se quedaron como atónitos mirándolos pasar, sin atreverse á decir palabra. Pondera aquí cuán justamente temian los apóstoles, y con cuánta razon suplicaron al Señor que los acompañase. Toma tú egemplo, cristiano, y mira que andas entre muchos y mas crueles enemigos, que son los demonios, el mundo y tu carne; y teme mucho andar solo. Procura andar en gracia del Señor, y traerle muy presente á cualquier parte donde vayas, que así se verificará en ti lo que dijo el Espíritu Santo; que caerán mil á tu lado, y diez mil á tu diestra; mas ninguno se llegará á ti, porque el Señor que va contigo los aterrará; y podrás decir justamente: el Señor está á mi diestra,‡ para que no me asuste ni me perturbe; por esto se ensancha mi corazon, y la flaqueza de mi carne temerosa descansa en la esperanza y confianza de quien me ha de librar. ¡Mas ay de ti si caminas solo! Porque si caes en manos de tus enemigos, ¿quién te librará? Saca el Señor á sus discípulos de la ciudad y peligro; y como dijo San Buenaventura,§ les dijo que prosi-

\* Ubi sup.  
‡ Psalm xc. 7.

† Serm. 1. art. 1. cap. 3.  
§ De Medit. Vit. Christ. in fin.

guiesen el camino al monte Olivete, y le esperasen allí; y su divina Magestad pasó por Betania, y allí se apareció á Lázaro, y á otros amigos, y les mandó que se fuesen al monte Olivete á juntarse con los demas, y de allí se fué al paraíso terrenal, en donde tenia los santos padres; y habiéndose despedido de Elías y Enoch, y dádoles su bendicion, dejándolos llenos de consuelo y gozo, volvió con todos los santos del limbo al monte Olivete. Pondera el amor del Señor, y cómo habiendo sacado del peligro á sus apóstoles, mandó que prosiguiesen ellos por sí solos; para que veas cómo el Señor siempre está con los suyos en las tribulaciones, y en faltando estas, se ausenta: por eso solo se debian amar los trabajos, y abrazar cualquiera género de adversidad.

478. Considera el cuidado que tiene de los amigos, que si no hubiera pasado por Betania, se hubieran quedado Lázaro y los demas que estaban allí, y no le vieran en su triunfo. Habíanle servido en sus trabajos; y así va el mismo Señor en persona á convidarlos, para que le vean glorioso. Sirvele con la fidelidad que aquellos, y no hayas miedo que te quedes. Pondera el gozo que tuvieron los santos padres, que estaban en el paraíso, así que entró el Señor, y les dijo: ea, vamos, amigos, al empíreo, subamos á mi gloria, venid á la posesion del reyno que se os está aparejado desde el principio del mundo. ¡Qué nueva tan gozosa! ¡Qué alabanzas y canciones entonarían! Pondera el consuelo de Elías y Enoch, y cómo el Señor los animó con la esperanza que habia de tener fin su destierro, y que habian de tener grande gloria en su reyno, por lo mucho que se les dilataba: ¿y quién duda que les revelaria grandes secretos del fin del mundo, y de las batallas que han de tener con el anti-cristo, y otras cosas que conducen para aquel tiempo? Aliéntate por aquí al desprecio del mundo, y al amor de las cosas del cielo, viendo que cuanto nuestro Señor obró, habló y aconsejó en esta vida, todo fué ordenado á apartarnos de las cosas terrenas, y á disponernos para la gloria, que al fin de aqueste destierro debemos aguardar.

479. Considera cómo habiéndose juntado los apóstoles, discípulos y amigos del Señor, todos como ciento y veinte, con nuestra Señora en el monte Olivete, vino del paraíso el Señor (como dice San Buenaventura)\* con todos los santos

\* Ubi supr.

del limbo, y muchos millares de ángeles, con grande gloria y magestad, y se apareció á toda aquella santa compañía, que postrados en tierra le adoraron; y aunque la alegría de verle era grande, con todo eso, la pena de ver que se les iba y los dejaba, les hacia derramar muchas lágrimas. En donde puedes considerar cómo el Señor nuevamente los consoló con tiernísimas palabras, y dulcísimas razones, y puedes entender que les dijo: hijos míos, no lloreis, ni os turbe mi apartamiento: sabed que mi Padre os quiere bien, y os ama, porque vosotros me amásteis á mí, y me creísteis: esto os basta saber, que sois amados de Dios, que es vuestro amigo; ¿qué mas podeis desear ni querer? pedidle pues como amigos verdaderos, que nada os negará. Sabed, que cualquiera cosa que le pidais por mí, y en mi nombre, os la dará; y cuanto se os ofreciere, como lo pidais á mi Padre en mi nombre, yo lo haré, para que mi Padre sea glorificado en mí: aseguraos de esta verdad, y consolaos; pues aunque me vaya, no os haré falta alguna: y fuera de esto, aunque podia llevar conmigo á mi Madre, que ha sido mi compañera fidelísima en mis trabajos, tormentos y muerte, y era muy justo, que yéndome yo á mi gloria, la lleváramos conmigo, para que descansase y se gozase con su Hijo la Madre; con todo, atendiendo á vuestro consuelo, y á los que han de creer en mí por vuestra predicacion, la dejo con vosotros en el mundo, y quiero que sea vuestra Madre, maestra y protectora, y por tal quiero que la tengais. En ella y por ella hallaréis todo consuelo y alivio: acudid á ella en vuestras necesidades y aprietos, que como llena de mi gracia, de mi amor, de mi sabiduría y misericordia, os iluminará y enseñará, os animará y os consolará, como verdadera y misericordiosísima Madre. Y en esto puedes considerar con el venerable padre Luis de la Puente,\* que los llamó para sí, y con grande cariño y amor los fué abrazando, dándoles á besar sus sacratísimas manos y llagas, de las cuales fué tanta la suavidad, olor y fragancia que salió, que les recreó inefablemente los corazones, y confortó las almas con incomparable deleite; con lo cual se templó la pena de los discípulos, y ellos se confirmaron mas en la fe, esperanza y amor de su divina Magestad.

480. Considera cómo el Señor, despues de haber así consolado y confortado á sus discípulos y amigos, se fué á su

\* Medit. de Asc.

sacratísima Madre. Aquí aplica todas tus potencias y sentidos, que es tiernísima la consideracion. Piensa que ves al Señor, que acercándose á su Madre santísima, le dice con palabras de incomparable afecto y ternura: Madre, Hija y Esposa mia, grandes son los clamores que en lo mas íntimo de mis entrañas suenan, pidiéndome que os lleve conmigo al descanso de mi gloria; ya conozco que son voces que dan vuestros grandes merecimientos á las puertas de mi amor y de mi justicia, para que desde ahora os dé el cielo que teneis merecido; pero me lastima por otra parte el desconsuelo con que dejaré á mis discípulos, y la falta que haréis á la nueva planta de mi Iglesia, y á todo el mundo; y así, suspendo el llevaros conmigo, y determino que quedeis por algunos años mas en la tierra; y así, amabilísima Madre mia, quedaos en mi lugar, y cuidadme de estos tiernos hijos y mis hermanos. La Iglesia que dejo fundada, la ley santa que dejo enseñada, y el pueblo que con mi sangre dejo redimido, fio de vos, y os lo encomiendo. De todos seréis protectora, Madre de piedad y misericordia, intercesora de todos los fieles, y abogada de los pecadores; y para que todos sepan cuán poderosa sois para inclinar mis oídos, y mover mi voluntad al perdón y misericordia, en vos dejo depositados todos los tesoros de mi gracia: en vos dejo, como archivo de mis secretos, encerrados todos los misterios, egemplos, obras y palabras que egecuté y obré por la salud del linage humano, desde que me hice hombre en vuestras purísimas entrañas, hasta la hora presente: en vos dejo mi luz, mi sabiduría, mi entender, y mi amor: en vos dejo la clemencia, la piedad y misericordia: en vos dejo el don de consejo y de fortaleza con amplísima potestad sobre todo el mundo y el infierno, con la cual haréis milagros, y obraréis maravillas visibles é invisibles: comprimiréis las potestades infernales, y confundiréis los tiranos que contra mí se levanten, destruyendo sus heregías y errores en todo el universo mundo. Quien de corazón os llamare, no perecerá: quien consiguere vuestra intercesion, conseguirá mi gracia y mi gloria; porque cuanto me pidiéreis os será concedido: vuestra voluntad se hará, vuestros ruegos serán oídos y concedidos, y todos vuestros deseos serán cumplidos. Piensa tú ahora con San Buena-ventura,\* que habiendo oido María sacratísima estas razo-

\* Cap. 99. de Medit. Vit. Christ.

nes, toda encendida en afectos de ardentísimo amor, postrada á los piés de su sacratísimo Hijo, le dijo de esta forma: Dios, dulcísimo Hijo, Señor mio, y Dios de amor, vuestra divina voluntad se haga, y perfectísimamente se cumpla en mí vuestra humilde esclava: no solo quiero quedar en este mundo conforme con el altísimo beneplácito de vuestro querer, sino que tambien estoy muy pronta á morir y derramar toda mi sangre, si fuere necesario, por las almas por quienes vos derramásteis la vuestra.

481. Considera cómo el sacratísimo Señor, viendo la humildad, conformidad y resignacion de su santísima Madre, como dice el venerable Puente,\* le dió su divina mano, y levantándola, la aplicó á la llaga de su costado; y puedes entender, que le diria aquellas palabras de los cantares: † levántad, amiga mia, acercaos á mí, hermosa mia: no quiero que derrameis vuestra sangre, ni que padezcáis mas martirios: ya se pasó el invierno, ya se acabó la tempestad y el granizo de penas y tormentos; ya se llegó la primavera, y se vistió de flores nuestra tierra, mi sagrada humanidad y vuestra. Venid, paloma mia, entraos por la abertura de la piedra, y en la caverna del muro poned vuestro nido, venid á mi costado, Madre mia, entrad por esa puerta, penetrad hasta lo mas íntimo de mi corazón: esa quiero que sea vuestra vivienda, esa vuestra morada continuamente, y vuestro descanso. ¿Quién puede aquí ponderar la inmensidad de dulzura, de ternura, de suavidad, de olor, fragancia y gozo de que quedó llena en esta ocasion María soberana? ¿Quién puede entender la llama de amor que se encendió de nuevo en aquella santísima alma y corazón? ¿Quién puede penetrar la alteza de los secretos que allí le fueron revelados, y los dones que al despedirse le comunicó el divino Hijo? ¿Quién puede numerar la copia de luz, ciencia, prudencia, celo, sabiduría y discrecion, que María santísima bebió en aquella fuente para gobernar, enseñar, ilustrar y confortar á los fieles? Finalmente, allí se hizo cargo de todos aquellos que estaban presentes. Puedes considerar, que postrados á sus plantas, en presencia de su santísimo Hijo, le rindiéron la obediencia en nombre suyo y de toda la Iglesia, reconociéndola por Madre, maestra, señora, gobernadora y Reyna de todo el mundo, y de todas las criaturas. Llegá, cristia-

\* Ubi. sup. † Cant. ii. 10. 14.

no, llega tú de los primeros: arrójate á sus plantas tambien: ofrécete por su esclavo, y ruégale por su santísimo Hijo y Señor, que te reciba; que no hay razon para pretender servir á los príncipes y reyes de la tierra, y no se tenga por dicha superior á todas las dichas el servir á la Reyna de los cielos y tierra; y así, preténdelo, y ruégaselo, y ofrécele para este fin su santísimo Rosario, que gusta mucho de él, y con eso le ganarás la voluntad, y serás admitido; y una vez admitido, mira que te sepas conservar.

482. Considera, que nuestro Señor, despues de todo esto, cómo dice el texto santo,\* elevó, sus manos santísimas, y dió su bendicion á los apóstoles y demas discípulos, se elevó de la tierra, se subió á los cielos, mirándole todos, hasta que una nube se le ocultó. † Atiende lo primero á aquella palabra: que elevó las manos, y les dió su bendicion. No elevó solo la una, sino las dos; porque como dice San Basilio, ‡ hizo primero oracion por ellos. Y tú puedes entender, que repetiría el Señor aquello que hizo ántes en la cena: Padre santo, guarda estos discípulos que me diste: cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba; mas ahora los dejo, y vuelvo á ti; y así te ruego por ellos: yo vengo á ti, y ellos quedan en el mundo: ruégote, Padre piadoso, que me los libres de mal, y me los santifiques en la verdad; y no solo te ruego por estos, sino por aquellos que con su predicacion creyeren en mí. Hecha la oracion, les dió su santísima bendicion, formando sobre todos una cruz con la mano derecha, como dicen muchos doctores, § ó cruzando los brazos en el aire sobre todos, como quieren otros, mostrándoles las llagas de las manos; y fué para darles á entender, lo primero, que habian de cargar la cruz, á la cual vinculaba su bendicion: lo segundo, para que pusiesen los ojos en sus llagas, y con eso se les quedasen estampadas en los corazones y memoria, que es la ayuda para cargar la cruz; y lo tercero, para darnos á conocer, que cruzando sobre ellos sus brazos, los abrigaba con sus alas, como el ave á sus pollos, para que á su sombra esperasen y confiasen en su providencia, que no les habia de desamparar ni faltar.

483. Considera, pues, y atiende á la otra palabra: que se

\* Act. Apost. i. 9.

† Luc. 24.

‡ Lib. de Spiritu Sancto cap. xxxvii.

§ S. Gregor. Nis. Or. Inoc. S. Hieron. de Vit. Moy, &c.

elevó por el aire, mirándole los apóstoles, é iba subiendo poco á poco. Dice San Bernardo:\* deleitábase en ver á sus discípulos, y por eso iba poco á poco, porque le tiraban de abajo sus amigos, dice el Santo: parece que los mismos evangelistas lo quisieron dar á entender: pues, siendo fe católica, que subió con su propia virtud, uno dice,† que subia como llevado: y otro dice, que era llevado; como si digéramos: que le asiéron, y le llevaron como asido. Era el amor que tenia á los suyos vehementísimo, y este amor era como una gruesa cadena que le detenía; y así, cuando el Espíritu Santo nos pinta la venida del Señor al mundo,‡ dice en una parte, que venia saltando de monte en monte, y de collado en collado; y en otra dice,§ que corria y se esforzaba á correr como gigante: esto era cuando venia á vivir entre los hombres; y ahora que se va á vivir entre los ángeles, va tan poco á poco, que parece que le llevan como por fuerza. Así se lo manifestó á San Juan|| en la vision de aquella muger vestida del sol, y calzada de la luna, cuyo hijo, dice, fué arrebatado al cielo; lo cual sucedió (dice la glosa y Ruperto) el día de la Ascension del Señor,¶ porque le tiraba tanto para la tierra el amor de sus discípulos, que le hubo de arrebatar su Padre Eterno, y apartarlo de ellos como con violencia. ¡O amor abrasado y encendido de nuestro Dios! ¡O tibieza y frialdad terrible de nuestros corazones! Cargáronle de oprobios, afrentas y azotes, crucificándole entre dos ladrones; y con todo no hay quien le pueda arrancar de entre los hombres. Y si esto pasa por Jerusalem entre aquellos réprobos y obstinados judíos, ¿qué pasará con las almas que le aman y le sirven? ¿Quién podrá ponderar el amor con que los asiste? Por eso dijo\*\* que sus deleites eran estar con los hijos de los hombres. Esto pasa en aquel amoroso pecho; mas en los pechos humanos pasa muy al contrario: por nada le dejamos: cualquiera gusto, aunque solo tenga la apariencia de gusto, cualquiera entretenimiento nos aparta.

484. Considera en la otra palabra: que una nube lo ocultó á los ojos de los discípulos; y esta nube, dijo Simon de Casia, que se puso por delante á los apóstoles,†† no porque el

\* De Grat. humi. cap. i. † S. Mar. xvi. Luc. xxiv. ‡ Cantic. ii. 8.  
§ Glos. vi. 8. || Ap. xii. 5. ¶ L. 14 in Ap. cap. xii.  
\*\* Proverb. xxxi. †† Lib. xiv. propé fin.

Señor la necesitase para subir; sino que como el cielo estuviere con grandísimas ansias de recibir en sí al Señor, envió aquella nube, que le ocultase del mundo que le tiraba, y con eso entrase apriesa: y así dijo Cornelio Alápide,\* que mientras los apóstoles le miraban, subia muy poco á poco; mas así que la nube se puso de por medio, subió como un relámpago ó rayo, usando del dote de la agilidad, y en un instante llegó al cielo empíreo. Saca de aquí una consideracion muy útil para tu alma; y es, que mientras tuvieres limpios los ojos del alma, y mirares á Cristo, no acertará el Señor á apartarse de ti, y le tendrás como la piedra iman tiene el acero. Por eso habiendo el Esposo ponderado la hermosura y pureza del alma santa, dijo,† que quien con mas fuerza le hacia volar á su ccrazon era la vista de sus ojos: esta era como un escuadon armado, que le detenía, cautivaba, y no le dejaba ir. Esto pasa en el alma pura y limpia; pero en atravesándose de por medio la nube, entónces vuela, y como rayo se retira. Esto sucedió á los apóstoles, no obstante que, como dice Cayetano,‡ era aquella nube de gloria, formada de los resplandores del Señor; y como dicen otros, era nube milagrosa, no de la tierra, sino criada por el Señor, pura y transparente; y otros dicen que era formada de la claridad de los coros de los ángeles y bienaventurados que acompañaban al Señor; y así una nube de resplandor de gloria, una nube milagrosa y celestial, ó la claridad de muchas criaturas gloriosas, puesta por delante, oculta al Señor, ciega á los apóstoles y hace que su divina Magestad como rayo se ausente de ellos. ¿Qué no hará la nube de la culpa, y la perfeccion del amor terreno de criaturas corruptibles? ¿Qué no hará la gloria vana del mundo, y los lucimientos mundanos? Mira no te deges cegar: aparta esas cosas, que te esconderán al Señor, y por mas que apliques la vista, no le verás, ni le hallarás; porque se ausenta en no viendo tu alma limpia y pura.

485. Considera en aquel triunfal aparato, y gloriosa grandeza con que sube el Señor; de que hablando en profecía el salmista, dice al salmo 67, que subió en un carro ó carroza, asistido de millares de millares de ángeles. Este era el carro triunfal en que subia nuestro Emperador: el acompañamiento era de innumerable multitud de ángeles, dijo San

\* In cap. i. Act. Ap.

† Cant. vi. 4.

‡ In Pras.